

jeto, y se encaminaban á él como el soldado que vuela á la victoria.

Apenas habian tocado el suelo escocés, cuando vieron suscitarse nuevos obstáculos por todas partes. La Escocia era un volcan, que como la Inglaterra, sufría los estragos de una revolucion religiosa. Los apóstoles del cisma, los predicadores de la nueva liturgia, lanzaban aun mas léjos que el mismo cisma el desorden de sus principios y la interpretacion abusiva de los textos sagrados. Knox, discípulo de Calvino, se puso á la cabeza de un ejército de puritanos, y empezó á dominar á fuego y sangre los campos de Escocia.

Cerrábanse ante los Padres todos los caminos. Hiciéronse á la vela para Dieppe, de donde regresaron á Paris, en cuya capital recibieron misivas de la Santa Sede, ordenándoles en ellas Paulo III que volviesen á Escocia. Antes de ejecutar esta orden, que ya habian puesto en práctica sin conocer las intenciones del Pontífice, remitieron á este notas detalladas sobre las observaciones que hicieran del estado en que se hallaban aquellas comarcas. El Papa les intimó la orden de regresar á Italia, y habiéndose quedado Zapata en Paris para continuar sus estudios, los dos compañeros se dirigieron á pié á Roma como habian siempre viajado.

La Francia estaba empeñada en una guerra contra la España. La política de Carlos V tenia en continua alarma á las autoridades francesas, por cuya razon la presencia en Lyon de los dos extranjeros, cuyos vestidos usados y rotos á causa de tan largos viajes formaban un contraste bastante marcado con la finura de su lenguaje y maneras, no pudo menos de excitar desconfianzas y recelos. Acusáronlos de espías, y los encerraron en una estrecha prision. Residian por entonces en aquella ciudad los cardenales de Tournon y de Gaddi, quienes reconociendo á los dos Jesuitas, los hicieron tratar con todos los honores debidos á unos embajadores de la corte romana; y para que pudiesen terminar su viaje con seguridad, los proveyeron de dinero, caballos y guías.

Así se terminó la nunciatura de Irlanda. Pero al saber el arzobispo de Armagh, que los dos legados no habian obtenido todo el resultado que se prometian, exclamó lleno de fervor y de celo: «Poco he de valer, ó las ovejas oirán la voz de su pastor:» y este prelado, que solo contaba con los ojos de la fe, porque carecia

de los del cuerpo, salió el mismo dia para Irlanda. Evadiéndose á todos los peligros que amenazaban su cabeza, pudo penetrar en su diócesis, la recorrió en todas direcciones, y comunicó á la obra de Salmeron y Brouet mayores ensanches.

No habian tenido aun tiempo los dos colegas para entregarse á las dulzuras del reposo, cuando el trabajo del apostolado se presentó á su vista bajo distinta forma. Era el mes de diciembre de 1542: en toda la Italia resonaba un solo grito: veíase envuelta en el cisma y en la herejía. El catolicismo necesitaba la paz; la España y la Francia, reinos que á la sazón se hallaban á la cabeza de la civilizacion y de las luces, habian roto el tratado que Paulo III les habia hecho concluir á costa de tantos afanes. El turco amenazaba á la Italia con su flota; pero no era este el mas temible enemigo. El Papa deseaba antes que todo conjurar los males que amenazaban hundir á la Iglesia.

Los Padres de la Compañía se diseminaban por todas partes como centinelas avanzadas: Brouet y Salmeron ya estaban disponibles. El Pontífice les encarga la mision de Foligno, ciudad en que la zizaña habia sofocado el germen de la buena semilla. Foligno se rindió á la voz de la Religion. El cardenal Moroni, obispo de Módena, suplica á Loyola en 1543, que le remita alguno de sus discípulos, y Salmeron fue el designado; quiere hacerse escuchar, pero el cisma tenia en esta ciudad tan poderosos agentes, que nadie quiso escucharle.

No por eso se desanimó el comisionado. Acúsánle de hostil á la Iglesia, porque intenta probar que los sectarios tratan de engañar la buena fe de los ciudadanos; y pasan la delacion á los tribunales de Roma, á donde se ve obligado á justificar su doctrina. Salmeron comparece ante sus jueces á instancias de Ignacio; y para defenderse, invoca el testimonio de los tres principales ciudadanos de Módena, quienes rindieron homenaje á la verdad del hecho. La impostura se vió confundida por sus mismos argumentos, y el misionero volvió á entrar victorioso en la ciudad en que su celo habia experimentado tan funesto golpe, permaneciendo en ella durante dos años.

Algo mas difícil era la mision que habia caido en suerte á Pasquier-Brouet: sin mucho trabajo habia conseguido inocular el arrepentimiento en las almas de los habitantes de Foligno; pero restábale todavía el introducir la reforma en las costumbres del

clero. La depravacion en que estaban sumidos los sacerdotes y religiosos, solo podia cotejarse con su ignorancia. Para dar una idea de la carencia de luces que se advertia en los eclesiásticos, bastará decir que el Jesuita encargado de las misiones se vió precisado á enseñar á muchos de ellos los primeros rudimentos de la gramática.

Después de haber extirpado los errores en la ciudad de Foligno, pasó Brouet á Montepulciano, dirigiéndose en seguida, á ruego del cardenal Carpi, á reformar un convento de religiosas, sito en la villa de Reggio, diócesis de Módena: dotado este misionero, segun decia Loyola, de una bondad y una mirada angélicas, sometió por medio de su dulzura á estas vírgenes necias, pasando después por orden del Cardenal á Faenza, ciudad en que la herejía se habia domiciliado á la sombra de todos los vicios. Faenza era el lugar del conciliábulo, á donde se congregaban los predicantes del cisma.

Ochino, personaje célebre por la severidad de disciplina que introdujo en los conventos de san Francisco, instituyendo la Orden de Capuchinos (*), y que haciéndose mas tarde el amigo íntimo de Calvino, apostató de su fe y de su Orden, presidia las asambleas de los heresiarcas. Pasquier-Brouet tenia que habérselas con formidables antagonistas, que lisonjeando las pasiones del pueblo, y haciendo de la teología el comodín de los instintos mas groseros, se habian creado en la Lombardia un partido poderoso.

El misionero Jesuita no quiso abordar de frente la discusion: limitóse á tratar en las conversaciones familiares de establecer cofradías caritativas en beneficio de los pobres, cuyo número era considerable; y que adoptaron estos con el mayor placer: del alivio de los indigentes pasó al remedio moral de los asociados á su obra, hasta que poco á poco el ejemplo ganó los corazones. Hizo mas: discutió en público la doctrina católica, y la explicó con tanta claridad y fuerza de argumentos, que el mismo Ochino se vió precisado á marchar en retirada. La ciudad de Faenza se vió enteramente renovada hasta el punto de abrazarse por las calles sus habitantes en señal de reconciliacion con Dios y con los hombres. Alejóse el odio y el cisma de aquella ciudad que

(*) Ochino fue capuchino, mas no fundador de los Capuchinos.

(Nota de los Editores).

poco antes habia sido su mas firme baluarte, empleando dos años Brouet en la consolidacion de su obra.

Lefèvre y Laynez desplegaron por su parte la misma vigilancia: al abandonar á Parma y á Plasencia, habian comunicado su espíritu á algunos sacerdotes encargados de continuar su mision. Los sectarios habian adoptado el plan de invadir á la Italia, para desprender del culto de la unidad á las comarcas que por su vecindad con Roma estaban destinadas á sostenerla. Los Católicos conocian muy bien este proyecto; trataban de frustrarle segun sus fuerzas; pero sucumbian en la lucha, porque los adversarios de la Iglesia se servian de todas las armas. Hallábanse por desgracia, en la Iglesia misma, arsenales de corrupcion y de escándalo, de donde era fácil sacar á manos llenas los argumentos y acriminaciones.

En Venecia, en esa vasta ciudad, emporio del comercio de Levante, abundaban los herejes como en una ciudad que parecia no abrigar otra pasion que la del oro y la de los placeres. Cada secta tenia en ella sus emisarios para crearse prosélitos en todas las clases. Se habian introducido paulatinamente en un principio, acomodando sus turbulencias con las leyes sospechosas de la República; pero cuando hubieron justificado sus progresos, arrojaron la máscara, y anunciaron en alta voz los triunfos parciales que habian obtenido en el silencio.

No hallando el dux Pedro Laudo y su consejo remedio mas oportuno para contrarestar los progresos de la herejía que la palabra de Laynez, se le pidieron al Papa, y acudiendo aquel en los primeros meses de 1542, se opuso con su elocuencia á la propagacion del error.

Era tan viva la elocuencia del Jesuita, y describia con tal naturalidad las imágenes que concebía su mente, que el pueblo veneciano quedó asombrado de la brillantez de su imaginacion. Desde por la mañana predicaba en diferentes iglesias, y explicaba por la noche el Evangelio de san Juan en la del Salvador, mostrándose la multitud tan ávida de escucharle, que pasaba las noches á las puertas de los templos. Tomaba con tanto calor la refutacion de las nuevas doctrinas, y las describia con tanta amargura y tal fuerza de lógica, que no dejaba ni aun la posibilidad de la duda en los corazones de sus oyentes.

Entre tanto se aproximaba el carnaval con sus ruidosas baca-

nales. Laynez predicó el luto de la Iglesia, suplicando que se verificasen con menos esplendor los festivos placeres á que se entregaban los habitantes de aquella ciudad, y que han pasado á ser proverbio. Los venecianos lo realizaron en parte: el mas bello triunfo tal vez que debió el Jesuita á su oratoria; siendo el mas fructuoso y duradero el que se manifestó en la conversion de un gran número de cristianos ya inficionados con el veneno de la herejía.

No habia querido Laynez, á pesar de las instancias del Dux, abandonar el asilo que él mismo se habia escogido en el hospital de san Juan y san Pablo. En este mezquino refugio de la indigencia doliente, era donde recibia á aquellos poderosos senadores y á aquellos comerciantes mas opulentos que monarcas, que hacian un glorioso imperio de su pequeña república. Abandonaban sus palacios, sus alfombras orientales y sus salones de mármol, para venir á sentarse sobre el escabel del pobre misionero, y recoger el fruto de las lecciones que Laynez les daba en el colmo de su indigencia. Andrés Lipomani, mas afortunado que el Dux, venció la resistencia del Jesuita, obligándole á participar de su morada, y dando tal mérito á este favor, que destinó al punto su priorato de Padua á la formacion de un colegio de la Compañía.

Habia Ignacio enviado á Polanco y á Prusis á esta célebre universidad para que finalizasen sus estudios. Al paso que se afanaban estos dos jóvenes por adquirir las ciencias humanas, ocupábanse tambien en propagar la ciencia de Dios entre sus condiscipulos; procurando, aunque novicios todavía en la Sociedad, enviarle brillantes reclutas, en cuyo número se contaba Gerónimo Otelli. Después que Laynez puso á Venecia al abrigo de las seducciones de la herejía, pensó aprovecharse de los dones de Lipomani, presentándose en Padua con el objeto de restablecer la disciplina interior del colegio. La universidad de esta poblacion contaba entre sus individuos numerosos sectarios que asistían á ella, para hacer germinar en el corazon de la juventud los dogmas de la independencia religiosa. En el mes de febrero de 1544 se dejó ver Laynez en Brescia, á donde ya habian penetrado los discípulos y las obras de Lutero y Calvino.

Habitaba en esta ciudad, cuya fe habia reanimado el Jesuita, un fraile apóstata, que por medio de su dialéctica revestida de

verbosidad y facundia, habia llegado á hacerse muchos prosélitos. Orgullosa el fraile con su ciencia teológica, habia llegado á declarar públicamente, que si proponia á Laynez algunas objeciones sobre el purgatorio, le haria callar, ó le haria luterano.

Habia llegado á ser entonces el palenque de la discusion mas bien una necesidad que un placer. Acompañado el fraile de una multitud entusiasta de aquellas justas, se presentó ante el Jesuita, que lleno de paciencia y con los ojos bajos, esperó que su antagonista sentase sus argumentos á su satisfacción. Una vez enumerados todos, Laynez, cuya memoria rayaba en prodigio, reproduce una por una las objeciones de su rival en el mismo orden que las habia sentado: fuélas refutando con tal precision y claridad, que el apóstata confesó su error, volvió á entrar en el gremio de la Iglesia, haciéndose el partidario mas acérrimo de su vencedor.

Semejantes resultados, á la vista del mismo Pontífice, comunicaban al Instituto naciente una mágica influencia; propagábase á la sombra de la Santa Sede, al mismo tiempo que penetraba en otros países.

La universidad de Paris habia sido la primera escuela de la Compañía; no podia esta, por consiguiente, olvidar los talentos de unos, la ciencia de otros, y las virtudes de todos. Muchas personas pudientes sostenian á su costa un cierto número de jóvenes admitidos en la Sociedad, y á quienes Ignacio hacia estudiar en este foco de luces. La cuna de la Orden debia ser tambien su seminario.

En la primavera de 1540 estableció Loyola por superior de estos estudiantes al navarro Santiago de Eguía, sucediéndole en su encargo Gerónimo Domenech en 1541. Pablo Aquiles, Rivadeneyra, Viola, Francisco Strada, uno de los mas célebres predicadores de su siglo, Andrés Oviedo, que fue patriarca de Etiopia, y otros menos conocidos pero no menos fervientes que los primeros, se entregaban con el ardor propio de novicios á las tareas escolásticas. El género de vida que practicaban en medio de Paris, era el mismo que sus antecesores acababan de legarles como un modelo; rezaban el oficio divino, y comulgaban en la iglesia de los Cartujos: pero como la piedad por sí misma no excluye la caridad hácia los demás, estos jóvenes, cuyo celo estaba tan experimentado como su ciencia, empezaron á dar los ejer-

cicios espirituales. A consecuencia de estas predicaciones que salian del círculo trazado á cada orador cristiano, y que hacian entrar á la elocuencia en una nueva senda, Jacobo Miron pidió entrar en el noviciado de la Compañía. Francisco Picard, ese famoso doctor en teología, cuyo nombre no ha podido borrar el tiempo, se declaró en público el amigo y propagador del Instituto.

Eguía y Domenech habian conocido la necesidad de reunir en una misma casa los individuos poco numerosos aun de la Sociedad; y el colegio de los pensionistas fue su primera morada en Paris: de allí pasaron en 1542 al de los lombardos. La confianza que Ignacio tenia en los futuros progresos de la Sociedad era tan ilimitada, que no temia, con tal de dilatarla, el arrancarla á sus estudios y á su patria misma á los individuos alistados en su bandera. Sabe en este mismo año que Portugal solicita colegios de la Compañía: solo contaba en Paris diez y nueve colegas, pero no le arredra el tener á sus órdenes tan corto número; se desprende de Miron, Cogordan y Francisco de Royas, y les ordena que marchen á Lisboa.

El rey de Francia y el Emperador, esos dos rivales que llenan la historia con el rumor de sus querellas, corrian aun á las armas. Estaba mandado á los súbditos de Carlos V que pasasen la frontera en número de ocho. Domenech era español, y salió para Bruselas con siete compatriotas suyos pertenecientes al Instituto. Durante los años siguientes, el tumulto de los negocios y placeres impidió á los Padres que se habian quedado en Paris el atender á la propagacion de su Orden en esta capital.

Esta Sociedad habia sido fundada por un español: la mayor parte de sus miembros pertenecian á la misma nacion; esta se colocaba en rivalidad eterna con la Francia; existian preocupaciones, antipatía y diversidad de caracteres y costumbres, y los murmullos suscitados contra los Jesuitas por los herejes de Alemania y de Italia, habian encontrado eco en todo el reino, en donde contaban muchos partidarios.

Ignacio habia colocado en Paris una piedra de apoyo; y comprendiendo que la situacion no era favorable, y que era preciso dejar al tiempo el cuidado de calmar los ánimos, se valió de la prudencia que le produjo después copiosos resultados. Ofreciósele como protector de la Compañía en 1545 Guillermo Duprat, obispo de Clermont é hijo del canciller de este nombre, quien le

fundó á su costa un colegio en la ciudad de Billon. Hospedó á los Padres en su palacio de Clermont que mas tarde se transformó en casa de la Sociedad; y después de haber tomado á la Compañía bajo su égida, la legó al morir una gran parte de sus bienes.

Ya contaba la Sociedad en su apoyo un prelado francés.

Guillermo Postel, el genio mas universal de aquella época, á quien Margarita de Valois llamaba la maravilla del mundo, desea abrazar su regla. Era Postel un hombre, de cuya boca, segun el parecer de los mas doctos, salian tantos oráculos como palabras; dotado de un ingenio sutil y de una ardiente imaginacion, poseia todas las lenguas y todas las ciencias¹: era el amigo de los reyes, y le hacian la corte en algun modo los mas poderosos señores de aquella época.

Al rumor que la Sociedad difundia en Europa, Postel, que se hallaba en todo el vigor de su edad, abandona la corte, y suplica á Ignacio le reciba como uno de sus hijos. La conquista no podia ser mas halagüeña: Loyola se alegró en un principio; aunque no dejó de conocer que le habian engañado las apariencias. La soledad y abnegacion de sí mismo obraron de una manera reactiva sobre aquella poderosa inteligencia, para quien no existian misterios en el estudio²: solo habia vislumbrado á la Compañía de Jesús esparciendo la luz entre los idólatras, dogmatizando, predicando y combatiendo; pero se le habian escapado las pruebas á que la Sociedad somete á sus novicios: pretende practicar los ejercicios espirituales, pero bien pronto es el juguete de las mas extravagantes visiones. En el delirio de su imaginacion ardiente, sueña un nuevo advenimiento de Cristo, lanzándose en todos los errores del rabinismo, y haciendo reposar los principios mismos de su fe en la astrología judiciaria.

Semejante estado de cosas se hacia intolerable; Salmeron y Laynez procuraron atraer á la razon á aquel genio á quien cegaba el orgullo; el cardenal Savelli emprende la misma tarea; pero sus cuidados son tan inútiles como los de los hijos de Ignacio. Postel, por el ascendiente de su reputacion, hubiera podido ser peligroso á la Compañía: excluyéronle de ella; pero este acontecimiento, mal interpretado y presentado bajo tan falsos colores, debia retardar en Francia el establecimiento de los Jesuitas.

¹ Fanfarronada francesa.

² Otra por el mismo estilo.

Oponiáse la mayor parte de las universidades á la admision de la nueva Sociedad como cuerpo facultado para la enseñanza, y empezaron á luchar contra ella: lucha que ha durado tres siglos, y que aun continúa después que todo ha cambiado, excepto las pasiones. Cuando analicemos el sistema de educacion de los Jesuitas, y cuando hayamos dado á conocer sus colegios, su método y resultados, compararemos los principios que sirvieron de base á estos grandes establecimientos: pero antes de examinar esta cuestion, tan largo tiempo debatida, nos parece del caso referirnos, tomando nuestra idea de mas atrás, al origen de las universidades antiguas y de sus estatutos. Hemos dicho cómo se habia formado la Sociedad de Jesús, y ahora importa apreciar el espíritu primitivo de las universidades, é investigar cuáles fueron las necesidades sociales que inspiraron su idea.

La cuna de la primera universidad, su fundador, y el siglo en que fue creada, pasan aun por misterios históricos. Las ciudades de Paris y Bolonia se disputan la presidencia; nosotros creemos sin embargo que la de Paris es la primogénita, y que las otras descienden de estas dos hermanas, aunque á distancias mas ó menos próximas.

La universidad de Paris no fue establecida bajo un plan regular y completo. Un hombre de conceptos elevados, tal como Ignacio de Loyola, no meditó su conjunto ni lo observó en todas sus partes. Es verdad que Carlo Magno fomentó en su imperio de Occidente el estudio de las ciencias y bellas letras que esparcian un brillante esplendor en derredor de su trono. Salidas de aquel foco imperial, despidieron sus rayos por todo el mundo; pero de una sala del palacio, escuela improvisada ¹, de una reunion de cuatro sabios que tenian por oyentes benévolos á los reyes, obispos y guerreros, á una universidad digna de este nombre, hay un espacio inmenso.

Antes y después del reinado glorioso de Carlo Magno existieron otros santuarios de la ciencia. La Iglesia tenia sus cabildos, sus conventos y el palacio episcopal. La abadía de Lerins era una escuela célebre, cuyas tradiciones llevó san Honorato hasta las márgenes del Jura. San Colombano y san Benito empeñaban á sus religiosos á dedicarse al estudio. Cada monasterio era un colegio.

¹ *Schola palatii.*

En el siglo XI se formaron escuelas públicas en las catedrales de Reims, de Poitiers, de Mans, de Auxerre, y en otras muchas iglesias; la de Chatillon, sobre el Sena, en que fue educado san Bernardo, gozaba de gran reputacion.

Empero aquellos establecimientos creados por el catolicismo, que conocia muy bien la necesidad de la educacion, y que probaba á difundirla, porque aquella le prestaba fuerzas, estaban aun muy léjos de parecerse á universidad. El origen de estas corporaciones data, hablando en realidad, desde la época en que se formó la universidad de Paris; la historia no cuenta la existencia de esta, mas que desde el dia en que el reconocimiento de los Reyes y Pontífices la comunicaron una vida legal, dándola estatutos, privilegios y el nombre característico de universidad.

En medio de las guerras civiles del siglo XI, cuando los normandos invadian la Francia, los catedráticos y estudiantes abandonaron la escuela del palacio para refugiarse en el atrio de Nuestra Señora; desde allí se extendieron con el tiempo hasta la montaña de Santa Genoveva. Otras dos escuelas gozaban entonces casi tanta celebridad como la principal; existian bajo la invocacion de san German y de san Dionisio, á quienes llamaban los Pontífices sus tres hijos espirituales.

Godofredo de Boloña, obispo de Paris y canciller de Francia, fundó á fines del siglo XI la primera escuela seclar: Guillermo de Champeaux enseñó en ella la retórica y teología; Abelardo, su discípulo, su rival y sucesor, acrecentó la fama de este establecimiento. La emulacion dió una nueva actividad á los estudios, multiplicó los literatos y produjo los discípulos. A principios del siglo XIII, este agregado de maestros y alumnos tomó el nombre de universidad.

Semejante dictado no tomó ciertamente su origen de la universidad de ciencias que se enseñaban en estos liceos ¹, ni en la aglomeracion de todos aquellos que eran susceptibles de estudiar. No tiene esta voz una etimología tan ambiciosa. Los papas Inocencio III, Honorio III, Inocencio IV y Alejandro IV, concedieron una multitud de privilegios y favores á semejantes corporaciones. Para sostener la aficion á las letras, escribian con frecuencia á los catedráticos y discípulos, empezando cada una de sus cartas

¹ No se enseñaban en ella todas las ciencias á la vez. En Orleans y Bourges, por ejemplo, solo se enseñaba el derecho, y en Montpellier la medicina.